

Ayer y hoy

Emilio Fernández González

Manolo y Paquito eran dos hermanos de doce años el primero y diez el segundo. Sus padres les habían educado con toda la perfección posible dentro de la modesta posición social que ocupaban, haciéndoles asistir a un colegio de fundación particular, que había en Corao, en la fachada S., del cual ostentábase un gigantesco rótulo donde se leía: “Escuela “Rodrigo Álvarez de las Asturias”, colegio en el que, gracias a su aplicación, a los esfuerzos de su excelente maestro y a las inmejorables condiciones que todo el menaje escolar reunía, habían obtenido grandes resultados.

Por otra parte, su abuelito Ricardo, hombre de no vulgar instrucción, había contribuido en gran manera a cultivar la inteligencia de los dos ya precoces niños, ampliando los conocimientos que en la escuela adquirían y que él a su vez había aprendido en sus tiempos juveniles y en época en que gozaba de una posición no tan precaria como la de los padres de los niños. Ricardo refería hechos históricos y anécdotas, y hacía comprender con ejemplos los inmensos beneficios del estudio y del trabajo.

Llegó un día en que los niños, más bien por necesidad de ganar el sustento que por otra cosa, hubieron de abandonar aquella tan querida escuela de la que ellos guardaban gratos recuerdos, para emigrar allende los mares en busca de lo que ¡infelices rutinarios! creían no poder encontrar en su país.

¡Qué triste despedida de la escuela la de aquellos niños tan queridos de su maestro y condiscípulos por su ejemplar aplicación! Su abuelito Ricardo los acompañó aquella mañana a la escuela de la que dos horas más tarde salieron para no volver a entrar.

Al día siguiente el pitar de la locomotora anunciaba la salida del tren que conducía a Manolo y Paquito camino de un puerto de mar donde debían embarcar con rumbo a los Estados Unidos.

Cuatro años más tarde de los sucesos que acabo de referir, dos jóvenes de diez y seis y catorce años, decentemente vestidos y demostrado en todos sus actos una gran cultura, se aparearon en la estación ferroviaria de Soto de Cangas, el día 27 de mayo, por cierto desapacible y lluvioso.

Acompañados estos jovencitos de un venerable anciano se dirigieron con paso grave entre las ensordecedoras voces que los ganaderos daban a sus vacas que traían de la feria que esos días se celebraba en Corao, por la carretera que conduce a este pueblo.

A los cuarenta minutos de marcha, los ojos de los jóvenes, en quien se había reconocido a Manolo y Paquito, se humedecieron y una imprudente lágrima pugnaba por salir y rodar por aquellas mejillas. Estos jóvenes lloran, no de pena, sino de alegría, de felicidad por el mero hecho de que vuelven a ver el edificio en que creen sigan dándose lecciones de gramática, que tanto les valió para poder tratar como es debido con la gente ilustrada, y de Geografía para poder saber el sitio en que se encontraban.

Llegan con gran afán delante de lo que antes había sido una escuela modelo y ¡oh, Dios mío! el rótulo que decía en grandes caracteres “Escuela D. Rodrigo Álvarez de las Asturias, Corao”, había desaparecido.

¿Qué es esto, abuelito Ricardo? -preguntaron al venerable anciano que los acompañaba- ¿qué ha sido de la para nosotros tan querida escuela?

-¡Ah, hijos míos, contesta el abuelo, en julio de 1907 se clausuraron las clases para no abrirse más, todo tiene fin en este mundo. Ahora ocupa su lugar una flamante sociedad de labradores llamada “El Despertar”, que tiene por objeto el común mejoramiento de la clase labradora, y como su nombre indica, para hacer salir de la apatía en que esta clase estaba sumida.

Su fundador y presidente lo es D. Ángel Sarmiento, que como vosotros, ha corrido algo de mundo y adquirido la suficiente ilustración para poder desempeñar el difícil cargo que le han encomendado, ayudado eficazmente por el secretario D. José García Bustince.

“El Despertar”, gracias a las gestiones llevadas a cabo por la Comisión organizadora y por todos los socios en general, ya tiene médico y practicante, trata ahora de comprar casa propia para poder celebrar sus sesiones, trata asimismo de establecer una Cooperativa en la que se colocará un dependiente que reúna

ciertas indispensables condiciones, entre otras, la de dejar un depósito de una cantidad determinada para poder garantir.

Que esta sociedad ha de redundar en pro de la clase labradora, desde el fuerte agricultor hasta el triste proletario, no cabe duda.

Ahora entremos, hijos míos, para que el mismo presidente a quien os presentaré, nos sirva sendos cafés¹, que tomaremos como recuerdo de las lecciones que en tiempos no lejanos, en este edificio recibíais, y que os han servido para poder llegar a ser, a pesar de la corta edad que aún tenéis, tú, Manolo, tenedor de libros de la casa Rochester, de Nueva York, y tú, Paquito, amanuense particular de la misma. -Sí, abuelito, entremos, pues yo ansío conocer a ese Sr. Ángel Sarmiento, a quien Dios bendiga por haber fundado una sociedad como esa.

FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Emilio, “Ayer y hoy” en *El Auseva*, Cangas de Onís, 10 de julio de 1909, año XIX, núm. 954, pp. 1-2.

¹ Es de advertir que en los días de feria, en el edificio de “El Despertar” se había establecido un cafetín con el objeto de que proporcionara algún rendimiento a favor de la sociedad.